MUNDO DE LIBROS



CARTAS DESDE MI CELDA

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita - Mundo de Libros - tiendamundodelibros.com

Cartas desde mi celda

Gustavo Adolfo Bécquer

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

1

Obras de Gustavo A. Becquer (1885)

Carta primera

España 100 p.m.a. o menos metadatos.

Nota: Se respeta la ortografía original de la época

Carta primeraCarta primera1885Autor:Gustavo Adolfo BécquerCarta primeraLibrería de Fernando FeV2Se respeta la ortografía original de la época

CARTA PRIMERA

Monasterio de Veruela, 1864.

Queridos amigos: Heme aquí trasportado de la noche á la mañana á mi escondido valle de Veruela; heme aquí instalado de nuevo en el oscuro rincón del cual salí por un momento para tener el gusto de estrecharos la mano una vez más, fumar un cigarro juntos, charlar un poco y recordar las agradables, aunque inquietas horas de mi antigua vida. Cuando se deja una ciudad por otra, particularmente hoy, que todos los grandes centros de población se parecen, apenas se percibe el aislamiento en que nos encontramos, antojándosenos, al ver la identidad de los edificios, los trajes y las costumbres, que al volver la primera esquina vamos á hallar la casa á que concurríamos, las personas que estimábamos, las gentes á quienes teníamos costumbre de ver y hallar de continuo. En el fondo de este valle, cuya

melancólica belleza impresiona profundamente,

cuyo eterno silencio agrada y sobrecoge á la vez, diríase por el contrario, que los montes que lo cierran como un valladar inaccesible, me separan por completo del mundo. ¡Tan notable es el contraste de cuanto se ofrece á mis ojos; tan vagos y perdidos quedan al confundirse entre la multitud de

nuevas ideas y sensaciones los recuerdos de las cosas más recientes!

Ayer, con vosotros en la Tribuna del Congreso, en la redacción, en el teatro Real, en la Iberia; hoy sonándome aún en el oído la última frase de una discusión ardiente, la última palabra de un artículo de fondo, el postrer acorde de un andante, el confuso rumor de cien conversaciones distintas, sentado a la lumbre de un campestre hogar donde arde un tronco de carrasca que salta y cruje antes de consumirse, saboreo en silencio mi taza de café, único exceso que en estas soledades me permito, sin que turbe la honda calma que me rodea otro ruido que el del viento que gime á lo largo de las desiertas ruinas y el agua que lame los altos muros del monasterio ó corre subterránea atravesando sus claustros sombríos y medrosos. Una muchacha con su zagalejo corto y naranjado, su corpino oscuro, su camisa blanca y cerrada, sobre la que brillan dos gruesos hilos de cuentas rojas, sus medias azules y sus abarcas atadas con un listón negro, que sube cruzándose caprichosamente hasta la mitad de la pierna, va y viene cantando á media voz por la cocina, atiza la lumbre del hogar, tapa y destapa los pucheros donde se condimenta la futura cena, y dispone el agua hirviente, negra y amarga que me mira beber con asombro. A estas alturas y mientras dura el frío, la cocina es el estrado, el gabinete y el estudio.

Cuando sopla el cierzo, cae la nieve ó azota la lluvia los vidrios del

balcón de mi celda, corro á buscar la claridad rojiza y alegre de la llama, y allí, teniendo á mis pies al perro, que se enrosca junto á la lumbre, viendo brillar en el oscuro fondo de la cocina las mil chispas de oro con que se abrillantan las cacerolas y los trastos de la espetera, al reflejo del fuego, ¡cuántas veces he interrumpido la lectura de una escena de La Tempestad, de Shakespeare, ó del Caín de Byron, para oir el ruido del agua que hierve á borbotones, coronándose de espuma, y levantando con sus penachos de vapor azul y ligero la tapadera de metal que golpea los bordes de la vasija! Un mes hace que falto de aquí, y todo se encuentra lo mismo que antes de marcharme. El temeroso respeto de estos criados hacia todo lo que me pertenece, no puede menos de traerme á la imaginación las irreverentes limpiezas, los temibles y frecuentes arreglos de cuarto de mis patronas de Madrid. Sobre aquella tabla, cubiertos de polvo, pero con las mismas señales y colocados en el orden que yo los tenía, están aún mis libros y mis papeles. Más allá cuelga de un clavo la cartera de dibujo; en un rincón veo la escopeta, compañera inseparable de mis filosóficas excursiones, con la cual he andado mucho, he pensado bastante, y no he matado casi nada. Después de apurar mi taza de café, y mientras miro danzar las llamas violadas, rojas y amarillas á través del

humo del cigarro que se extiende ante mis ojos como una gasa azul, he pensado un poco sobre qué

escribiría á ustedes para El Contemporáneo, ya que me he comprometido á contribuir con una gota de agua, á fin de llenar ese océano sin fondo, ese abismo de cuartillas que se llama periódico, especie de tonel, que, como al de las Danaidas, siempre se le está echando original, y siempre está vacío. Las únicas ideas que me han

quedado como flotando en la memoria, y sueltas de la masa general que ha oscurecido y embotado el cansancio del viaje, se refieren á los detalles de éste que carecen en sí de interés, que en otras mil ocasiones he podido estudiar, pero que nunca, como ahora,

se han ofrecido á mi imaginación en conjunto, y contrastando entre sí de un modo tan extraordinario y patente.

Los diversos medios de locomoción de que he tenido que servirme para llegar hasta aquí, me han

recordado épocas y escenas tan distintas, que algunos ligeros rasgos de lo que de ellas recuerdo, trazados por pluma más avezada que la mía á esta clase de estudios, bastarían á bosquejar un curioso

cuadro de costumbres.

Como por todo equipaje no llevaba más que un pequeño saco de noche, después de haberme despedido de ustedes, llegué á la estación del ferrocarril á punto de montar en el tren. Previo un ligero saludo de cabeza dirigido á las pocas personas que de antemano se encontraban en el coche, y que habían de ser mis compañeras de viaje, me acomodé en un rincón esperando el momento de partir, que no debía tardar mucho, á juzgar por la precipitación de los rezagados, el ir y el venir de los guardas de la vía y el incesante golpear de las portezuelas. La locomotora arrojaba ardientes y ruidosos resoplidos, como un caballo de raza impaciente hasta ver que cae al suelo la cuerda que lo detiene en el hipódromo. De cuando en cuando, una pequeña oscilación hacía crujir las coyunturas de acero del monstruo; por último sonó la campana, el coche hizo un brusco movimiento de adelante á atrás y de atrás á adelante, y aquella especie de culebra negra y monstruosa partió arrastrándose por el suelo á lo largo de los

rails y arrojando silbidos estridentes que resonaban de una manera particular en el silencio de la noche. La primera sensación que se experimenta al arrancar un tren, es siempre insoportable. Aquel confuso rechinar de ejes, aquel crujir de vidrios estremecidos, aquel fragor de ferretería ambulante, igual, aunque en grado máximo, al que produce un simón desvencijado al rodar por una calle mal empedrada, crispa los nervios, marea y aturde. Verdad que en ese mismo aturdimiento hay algo de la embriaguez, de la carrera, algo de lo vertiginoso, que tiene todo lo grande; pero como quiera que, aunque mezclado con

algo que place, hay mucho que incomoda, también es cierto que hasta que pasan algunos minutos y la continuación de las impresiones embota la sensibilidad, no se puede decir que se pertenece uno á sí mismo por completo.

Apenas hubimos andado algunos kilómetros, y cuando pude enterarme de lo que había á mi alrededor, empecé á pasar revista á mis compañeros de coche; ellos, por su parte, creo que hacían algo

por el estilo, pues con más ó menos disimulo todos

comenzamos á mirarnos unos á otros de los pies á la cabeza.

Como dije antes, en el coche nos encontrábamos muy pocas personas. En el asiento que hacía frente al en que yo me había colocado, y sentada de modo que los pliegues de su amplia y elegante falda de seda me cubrían casi los pies, iba una joven como de diez y seis á diez y siete años, la cual, á

juzgar por la distinción de su fisonomía y ese no sé

qué aristocrático que se siente y no puede explicarse, debía pertenecer

á una clase elevada. Acompañábala un aya, pues tal me pareció una señora muy

atildada y fruncida que ocupaba el asiento inmediato, y que de cuando en cuando le dirigía la palabra en francés para preguntarle cómo se sentía, qué necesitaba, ó advertirla de qué manera estaría más cómoda. La edad de aquella señora y el interés que se tomaba por la joven, pudieran hacer creer que era su madre; pero, á pesar de todo, yo notaba en su solicitud algo de afectado y mercenario, que fué el dato que desde luego tuve en cuenta para clasificarla.

Haciendo vis-á-vis con el aya francesa, y medio enterrado entre los almohadones de un rincón, como viajero avezado á las noches de ferrocarril, estaba un inglés alto y rubio como casi todos los ingleses, pero más que ninguno grave, afeitado y limpio. Nada más acabado y completo que su traje de touriste; nada más curioso que sus mil cachivaches de viaje todos blancos y relucientes; aquí la manta escocesa, sujeta con sus hebillas de acero; allá el paraguas y el bastón con su funda de baqueta; terciada al hombro la cómoda y elegante bolsa de piel de Rusia. Cuando volví los ojos para mirarle, el inglés, desde todo lo alto de su deslumbradora corbata blanca, paseaba una mirada olímpica sobre nosotros, y luego que su pupila verde,

dilatada y redonda, se hubo empapado bien en los objetos, entornó nuevamente los párpados, de modo que, heridas por la luz que caía de lo alto, sus

pestañas largas y rubias se me antojaban á veces dos hilos de oro que sujetaban por el cabo una remolacha, pues no á otra cosa podría compararse

su nariz. Formando contraste con este seco y estirado gentlemán, que

una vez entornados los ojos y bien acomodado en su rincón, permanecía inmóvil como una esfinge de granito en el extremo

opuesto del coche, y ya poniéndose de pie, ya agachándose para colocar una enorme sombrerera debajo del asiento, ó recostándose alternativamente de un lado y de otro, como el que siente un dolor

agudo y de ningún modo se encuentra bien, bullía sin cesar un señor de unos cuarenta años, saludable, mofletudo y rechoncho el cual señor, á lo que pude colegir por sus palabras, vivía en un pueblo de los inmediatos á Zaragoza, de donde nunca había salido sino ala capital de su provincia, hasta que con ocasión de ciertos negocios propios del

Ayuntamiento, de que formaba parte, había estado últimamente en la corte como cosa de un mes.

Todo esto, y mucho más, se lo dijo él solo sin que nadie se lo preguntara, porque el bueno del hombre era de lo más expansivo con que he topado en mi vida, mostrando tal afán por enredar conversación sobre cualquiera cosa, que no perdonaba coyuntura. Primero suplicó al inglés le hiciese el favor de colocar un cestito con dos botellas en la bolsa del coche que tenía más próxima: el inglés entreabrió los ojos, alargó una mano, y lo hizo sin contestar una sola palabra á las expresivas frases con que le agradeciera el obsequio. De seguida se dirigió á la joven para preguntarle si la señora que la acompañaba era su mamá. La joven le contestó que no con una desdeñosa sobriedad de palabras. Después se encaró conmigo, deseando saber si seguiría hasta Pamplona: satisfice esta pregunta, y él, tomando pie de mi contestación, dijo que se quedaba en Tudela; y apropósito de esto, habló de mil cosas diferentes y todas á cual de

menos importancia, sobre todo, para los que le escuchábamos. Cansado de su desesperante monólogo ó agotados los recursos de su imaginación, nuestro buen hombre, que por lo visto se fastidiaba á más no poder dentro de aquella atmósfera glacial y afectada, tan de buen tono entre personas que no se conocen, comenzó á poco, sin duda para distraer su aburrimiento, una serie de maniobras á cual más inconvenientes y originales. Primero cantó un rato á media voz alguna de las habaneras que habría oído en Madrid á la criada de la casa de pupilos; despues comenzó á atravesar el coche de un extremo á otro, dando aquí al inglés con el codo ó pisando allí el extremo del traje de las señoras para asomarse á las ventanillas de ambos lados; por último, y esta fué la broma más pesada, dio en la flor de bajar los cristales en cada una de las estaciones para leer en alta voz el nombre del pueblo, pedir agua ó preguntar los minutos que se detendría el tren. En unas y en otras, ya nos encontrábamos cerca de Medinaceli, y la noche se había entrado fría, anubarrada y desagradable; de modo que cada vez que se abría una de las portezuelas, se estaba en peligro inminente de coger un catarro. El inglés, que hubo de comprenderlo así, se envolvió silenciosamente en su magnífica manta escocesa; la joven, por consejo del aya, que se lo dijo en alta voz, se puso un abrigo; yo, á falta de otra cosa, me levanté el cuello del gabán y hundí cuanto pude la cabeza entre los hombros. Nuestro hombre, sin embargo, prosiguió impertérrito practicando la misma peligrosa operación tantas veces cuantas paraba el tren, hasta que al cabo, no sé si cansado de este ejercicio ó advertido de la escena muda de arropamiento general que se repetía tantas veces cuantas él abría la ventanilla, cerró con aire de visible mal humor los cristales, tornando á echarse en su rincón, donde á los pocos minutos roncaba como un

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com